

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año I.

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio.
Talleres: Carayija, 20.

Dos ediciones diarias

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes
(Fuera, 3 trimestre)

Núm. 187.

MURCIA 5 NOVIEMBRE DE 1898

EMPRESA DE ALUMBRADO POR GAS Y ELECTRICIDAD

Esta Empresa tiene el gusto de poner en conocimiento de sus señores abonados a electricidad, que desde el 1.º del mes actual baja dos céntimos por kilowatts sobre el recargo transitorio impuesto desde 1.º de Julio último.

En los abonos a tanto alzado la baja será de dos por ciento, que es la equivalencia a la disminución hecha sobre el consumo por contador.

Eugenio Lebon y C.ª

P. P. A. de Martínez

HA MBRE

Parecía que los treinta enfermos que agonizan en la posta de la Cruz Roja, establecida en el Casino Artesano del Grao, se habían convenido anticipadamente: todos decían lo mismo.

—¿Y usted de qué está enfermo?

—Yo, señor... ¡de hambre!

Y después de lanzar tan tremendas palabras con una voz débil y lejana, como balido de cordero moribundo, hundían bajo el blanco embozo su descarnada cabeza.

¡De hambre! Y lo peor es que el aspecto del moribundo se encargaba de demostrar claramente la verdad de su afirmación.

—¿De hambre!... En una nación civilizada y cristiana que si no se distingue por su riqueza desuella al menos por la fertilidad de su suelo, hay todavía seres que mueren de hambre y sufren este horroroso martirio como epílogo de una existencia de abnegación y obediencia, como premio de tres años dedicados a la patria.

Y cuando las cubiertas de las camas caían como telón que ocultaba un espectáculo infernal, había que retroceder con horror, con espanto.

Las caras amarillas, apergamizadas, con la boca negra, orlada de pegajosas mocosas y los ojos mates destacándose en el fondo de las profundas órbitas con el resplandor lívido y empañado de una estrella muerta reflejada en el fondo de un pozo, resultaban hermosas comparadas con el misero armazón de huesos y pellejos oculto entre las sábanas.

No hay disector que llegue a donde alcanza la consunción del hambre. La grasa consumida totalmente, el músculo amilado, las costillas marcándose cruelmente bajo el pellejo como si fuesen a rasarlo, las pomas como frágiles cañas, sonando con espeluznante choque a cada movimiento, las caderas arqueándose sobre el vientre deprimido y flácido que cae desmayado, juntando su piel con el dorso del cuerpo, lóbrego agujero, oscura sima en la que parecen albergarse todas las angustias de tres años de hambre; no son hombres, son cadáveres galvanizados por la continua yección, esqueletos con vida que parece van a levantarse para emprender la danza de la muerte, el terribil galop de los desenterrados que los artistas alemanes de la Edad Media pintaban en las paredes de los comenterios.

—Hambre, señor; sólo tengo hambre—murmuran los infelices.

Y alguno de ellos añade:

—Hace siete meses que no he probado el pan.

—¿Y qué comías?

—Un poco de maíz tostado.

Y el ánimo entristecido piensa en las cien mil madres españolas que con el más desesperado de los sacrificios se resignaron a entregar sus hijos a las balas enemigas, a la enfermedad, pero al hambre nunca. Ellas que se desgarraron en su miseria cuando esos infelices siendo pequeños se nutrían agarrados a sus pechos, jamás pensaron que el hijo por el que daban el jugo de su cuerpo habría de morir

de hambre. ¡Sarcasmo terrible! La madre, que es capaz hasta del robo para que su hijo coma, tiene que llorar allá en su aldea en el corral por donde corretean los cebados pollos, cerca del granero donde se amontona el rubio trigo de la última cosecha, tiene que gemir sabiendo que el pedazo de sus entrañas muere víctima del hambre, del enemigo que menos podía agredirle dentro de la casa de sus padres.

Y con no menos pena e indignación se piensa en los miles de millones gastados por el Estado español, arrancados al contribuyente, en nombre del patriotismo, todo para que el pobre defensor de España vuelva herido por el más vergonzoso de los enemigos... el hambre. ¿Qué se ha hecho de tanto dinero? ¿En qué manos ha caído? ¿A quién ha servido, si no ha aprovechado para nutrir a aquellos a quienes se destinaba?

El ilustre Echegaray, en una de sus vulgarizaciones científicas, hablaba hace pocos días de la futura hambre universal.

La ciencia, que con el telescopio de su raciocinio distingue los sucesos a miles de años de distancia, anuncia el hambre universal para dentro de algunos centenares de siglos.

Compuestos los alimentos de cuatro elementos químicos: oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe, se hace de este último elemento un consumo superior a su producción. Y llegará un momento en que las tierras, faltas de ázoe, si la ciencia no lo remedia no darán ya más trigo y la humanidad agonizará falta de pan.

Esta catástrofe se ha realizado ya en España. Aquí únicamente en materia de catástrofes marchamos a la cabeza.

Nuestros campos siguen produciendo como siempre.

Pero en el terreno de la moral nacional, se nota el total agotamiento de un elemento importantísimo: el ázoe de la honradez.

Y como falta ese elemento importantísimo, sin el cual es imposible la vida duradera de un pueblo, pasamos por el vergonzoso espectáculo de que soldados que costaron mucho a su país vuelvan a él convertidos en esqueletos, que mueren entre bostezos, murmurando con desesperación, como si escupieran estas horribles palabras a los que se quedan:

—Tengo hambre... ¡tengo hambre!

Vicente Blasco Ibañez.

DESDE MADRID

LAS CUESTIONES DEL DIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

Muy señor mío: Son contradictorios los informes que publica la prensa extranjera a propósito de la cuestión de la paz entre España y los Estados Unidos.

Mientras unos periódicos afirman que los yanquis se comprometen a pagar 70 millones de dollars, otros aseguran que no han dicho de pagar más que 40.

En el punto que todos se muestran conformes es en el de que los Estados Unidos han expuesto su pretensión de quedarse con todo el archipiélago.

En los círculos políticos se comenta lo que dice un periódico inglés, que asegura que los yanquis han dado a la comisión española un plazo de cuarenta y ocho horas para que contesten a su pretensión de quedarse con todo el archipiélago magallánico, y que en el caso de una negativa vendría un *casus belli*.

Nadie da crédito a esta noticia.

Despachos de San Petersburgo dicen que el periódico oficial de la cancillería rusa «Nevosti» señala la probabilidad de que las grandes potencias irapidan a los yanquis la anexión de las Filipinas.

Dice que a Europa le conviene que España siga ejerciendo su dominio en aquel archipiélago.

Sostiene la necesidad de no permitir un despojo como el que los Estados Unidos tratan de hacer a España.

Se atribuye importancia a este artículo, que se interpreta como el aviso

que la cancillería rusa da a los yanquis respecto a sus propósitos de impedir la anexión.

Respecto a noticias políticas, no hay nada concreto.

Se sigue hablando de inteligencias políticas entre personajes, lo mismo liberales que conservadores, pero nada hay definitivo.

Coméntase mucho en los círculos políticos las conferencias que celebra el Sr. Silvela con el Sr. Linares Rivas. Créese que estas conferencias tienen por objeto el convenir un arreglo entre las fracciones conservadoras.

El Sr. Romero Robledo se declara ajeno a cuanto se dice de coaliciones que tiene pactadas.

Sostiene que por ahora mantendrá la misma actitud frente a los silvelistas y demás conservadores y estará a la expectativa.

Dice que en el Parlamento expondrá soluciones patrióticas y necesarias para la regeneración.

«El Correo Español» publica un feroz artículo firmado por su director el diputado carlista Sr. Mella, pidiendo que se reanuden las hostilidades con los yanquis para salvar el honor de la patria.

El articulista sostiene que no debemos consentir el despojo de las Filipinas, y entiende que tenemos recursos para continuar la guerra con los yanquis.

Creo que no tenemos nada que esperar de la intervención de las potencias, y que todo debemos esperarlo del patriotismo español.

Dicho artículo ha causado gran sensación.

El corresponsal.

CRÓNICA PARISIENSE

Siempre lo mismo.—Puvís Chavannes.—La Reina de Holanda.—El impuesto del alcohol.—Modas.

Puesto que todos hablan del asunto, hablemos también nosotros; pero no mucho.

El ministerio Brisson ha caído, como caerán otros, aplastado bajo el proceso Dreyfus.

La plaza de la Concordia fué durante unos momentos teatro donde parecía iniciarse un pronunciamiento; pero, este París impresionable, al llegar la hora del aperitivo, juzgó más prudente retirarse por el foro y esperar tranquilo en las terrazas de los cafés el desarrollo de los sucesos.

Desde el palacio de Borbon hasta la plaza de la República a lo largo de los Grandes Boulevards, que son la espina dorsal de París, corría como un fluido el sordo rumor de una lucha en gestación.

Estorhazy ha publicado sus Memorias y los golfos gritan la obra nueva, la interesante noticia.

La prosa del comandante, las luchas de razas, el nombre de Dreyfus, este París agitado y presa de convulsiones violentas; todo eso es tristemente desconsolador y ya vamos teniendo necesidad de cambiar de tema.

Pero es imposible la evasión; donde quiera que vamos el escándalo del día nos acecha, nos asalta impiamente y si un momento nos abandona, sólo es para volver a torturarnos con doble encarnizamiento.

¡Pobre París! No consentas ni un solo momento más que se prostituyan tus esperanzas, tus pasiones generosas y tu vida entera.

No hay más remedio que atravesar la cloaca y deprimarse para respirar más pronto el aire puro, para poder sentirnos hombres, seres felices, individuos fuertes.

Puvís de Chavannes ha muerto.

Se marcha para siempre porque su impresionante corazón no ha podido sobrevivir a la muerte reciente de la idolatrada esposa.

Con él desaparece el gran artista, el

poeta de la noble belleza, de la clara y serena armonía.

Durante mucho tiempo fué su obra blanco de irónicos y acerbos ditirambos y sistemáticamente se le acusaba de no saber dibujar.

Pero el artista, escondido en un rincón de Montmartre, en el barrio *sui generis* de París, proseguía incansable su labor, confiado en que sus obras vivirían mucho más que las críticas de sus detractores.

Durante sus últimos años ha logrado conocer la gloria en todo su esplendor.

Al plácido taller, transformado en salón para platicar familiarmente con los amigos, sólo llegaban ya los ruidos del aplauso universal y los murmullos de admiración franca.

Finalmente todos llegaron a confesar que Puvís «dibujaba», que poseía la línea y el rasgo lo mismo que el color y que era un verdadero creador de escuela el inspirado evocador de «La leyenda de Santa Genoveva», del «Bosque sagrado», de «Ludus pro Patria» y de tantas y tantas obras maestras del arte decorativo.

—Todos pretenden que soy un simbolista y que me parezco a los *quattrocentistas* italianos, decía Puvís de Chavannes. Yo no lo sé; pero yo veo en la luz los hombres y las mujeres, los árboles y los animales, las nubes y el agua y he ahí como yo *pinto la vida*.

Por eso, porque «pintó la vida» tal como la vieron sus ojos de poeta, es y será una de las primeras glorias del arte francés el altivo y suave Virgilio de la Plaza Pigalle.

Durante las fiestas de la coronación, en Holanda registrese un detalle encantador.

Después de la primera jornada de grandezas la joven reina se retiró fatigada a su palacio y sus ministros rogaron al pueblo que no hiciera demasiado ruido en la calle a fin de que la soberana no viera turbado su reposo.

El papalacho puso una sordina paternal a sus júbilos oficiales y nuestro corazón democrático, vió en esta comunión de una reina y sus súbditos como una ideal aurora de igualdad fraternal.

Pero una reina es demasiado grande para los pobres vasallos.

He aquí que al salir sola de la Exposición Rembrandt, la simpática reina esperaba, para que la condujera al carruaje, algún brazo galante de su séquito; cuando, al notar el olvido, un periodista demasiado ceremonioso, desatose de un grupo y ofreció su plebeyo brazo a la regia dama.

La policía empuñó aquel brazo, digno de mejor acogida y dió con el periodista en el sombrío calabozo de la prefectura.

¡Oh joven reina cuyos esbirros han evitado que imitaras a Margarita de Navarra, la muy alta señora que supo depositar un ósculo tan oportuno en la frente de Alain Chartier!

Si os hubieran dejado aceptar nuestro caballero de un momento, el episodio habría sido cantado por los poetas, fijado por los pintores y vos egregia dama habiérais tenido la grata ocasión de decir a vuestro pueblo que su reina es lo bastante inspirada para ser espontánea.

¡Quién sabe si tal aventura no hubiera lanzado un rayo de luz que aclarara el espinoso camino de vuestro reinado!

Los habituados de los cafés y los *caritades* de los mostradores tabernarios habrán puesto torvo el ceño al saber que los alcoholes van a ser *castigados* en Francia con un nuevo impuesto.

La Sociedad de Atemporancia no es, ni mucho menos, extraña a esta intriga; pero los bebedores de ageno seguirán bebiendo y, si preciso fuera, liquidarán hasta la camisa para no dejar de hacer honor a la hora verde y para no abolir su idolatría por el Dios Baco.

El impuesto sería una providencial medida si con él se hiciera desaparecer el culto de la Dama verde que aniquila poco a poco al hombre; pero no creo que pueda venir por ese lado la salud de las malas costumbres.

El bebedor, despreciará el pan por la gota de alcohol y cantará nervioso entre sus crisis epilépticas las báquicas canciones.

Aun se bebe, un vaso más, aun se muere.

Las grandes reuniones no se anuncian aun entre los elegantes y los salones solamente suelen entreabrir sus puertas para recibir en familia nada más a las íntimas.

Los teatros comienzan a verificar sus grandes *primeras* y aquí y allá vemos la moda del invierno iniciarse lentamente.

Los coletos, forma de chal puntado son muy feos y creo inútil que algunas *mondaines* traten de lanzarlos.

La mayoría de las mujeres *chic* prefieren la ancha capa redondeada, con un volante y con forro de gran fantasía.

Para ir verdaderamente a la moda esta capa no deberá cruzarse por delante y dejará al descubierto el plastrón del corpiño, la cintura y el delantal de la falda.

Las faldas son cada vez más planas en su parte alta y se han suprimido los botones de detrás.

Se llevan las faldas de muy poco vuelo; pues hoy la moda se complace en modelar las formas con caprichoso empeño.

Damos mil gracias a los redactores de «El Diario de Occidente», Quezaltenango (Guatemala) por el elegante folleto que se han dignado remitirnos, el que ha deleitado nuestro espíritu con sus perfiles biográficos e históricos del simpático Presidente D. Manuel Estrada Cabrera.

Con esta ocasión nos ofrecemos a nuestros lectores para cuando quieran honrarnos con el envío de sus obras literarias a esta su casa, 72, rue Lauriston, París. De ellas daremos cuenta en nuestras Crónicas.

Antonio Ambroa.

París 3 de Noviembre de 1898.

Los calendarios

Desde que el hombre se elevó algo por encima del nivel del bruto sintió la necesidad de guardar el recuerdo de los sucesos notables de su existencia ó de la de la tribu a que perteneció, relacionándolos con fenómenos periódicos independientes de su acción.

Contar sencillamente los días habría sido un medio defectuoso de evaluar los períodos de larga duración a causa de la multitud de números que habrían sido necesarios. Así que desde la más remota antigüedad se ve a los hombres observar los fenómenos que se reproducen a largos intervalos, como la alternativa de las estaciones y las fases de la luna.

No se tardó en observar que la sucesión de las estaciones está en relación directa con la altura más ó menos grande a que se eleva el sol en el ciclo al medio día. En el invierno los rayos solares caen oblicuamente sobre el suelo, y en el verano, por el contrario, el sol se aproxima mucho más al zenit y la sombra que proyectan los cuerpos al medio día es más corta que en el invierno. La periodicidad de estos fenómenos llamó desde luego la atención de los pueblos dedicados a la agricultura, cuyos trabajos se rigen por las estaciones.

Así dieron principio los primeros calendarios. En todos se halla una unidad natural, el día; y de los múltiplos de éste, el mes, bajando únicamente en las fases de la luna y el año que es, ya un número fijo de lunaciones ó al contrario un número de días tal, que al cabo del mismo el sol ocupa a medio día la misma posición en el cielo.

Por consiguiente, los hombres han encontrado el medio de medir el tiempo en la observación de los movimientos aparentes del sol y de la luna; estos astros han sido los *cronómetros* de la humanidad, tomando la palabra en su sentido etimológico (*chronos*, tiempo; y *metron*, medida).

